

PERU 1965

Apuntes sobre una experiencia guerrillera

Comandante
HECTOR BEJAR RIVERA



LUIS DE LA PUENTE (ángulo izquierdo) aparece con un grupo de campesinos en la guerrilla peruana. De la Puente cayó combatiendo en 1965.

EL padre español Fray José Pacifico Jorge, jefe de la Misión Franciscana en la provincia de La Mar por esos años, escribió al Prefecto de Ayacucho y autor de las masacres, una conmovedora carta. El documento hace una vívida descripción de los crímenes de la gendarmería.

"Horrorizado ante los crímenes que acabo de presenciar en esta provincia de La Mar, le escribo esta carta, antes de reponerme de la honda impresión producida en mi espíritu por todo lo que he presenciado".

"En cumplimiento de mi sagrada misión, he tenido que recorrer todos los lugares y caseríos de este pueblo, en los días de sangre que, sin motivo, se ha hecho correr sobre esta provincia indefensa".

"En el caserío de Lacc-huapampa, poblado por más de dos mil indios, he presenciado el incendio de más de 200 chozas; sus desgraciados habitantes que huían despavoridos a los cerros y quebradas vecinas, caían muertos, atravesados por los proyectiles certeros de los incendiarios quienes, después de prender fuego a las chozas, se dedicaban a cazar a los pobres indios, cual si fueran venados o animales silvestres".

"En Illaura mismo presencié la emocionante escena de tres cuerpos agónicos; dos de ancianos y uno de un parvulito de 4 años de edad; los cuerpos de estos pobres fueron extraídos de una choza a medio incendiarse, y ofrecían al espectador horribles llagas en toda su extensión; los viejecitos agonizaban lentamente en medio de dolores horribles y el parvulito falleció pocos momentos después de habersele extraído de entre las cenizas. Antes de la muerte de estas personas, ministré los últimos auxilios de nuestra santa religión".

"En Lacc-huapampa presencié otro crimen que me conmovió hondamente. Una pobre mujer con una criatura lactante de pecho huía de su choza en dirección opuesta a la que seguían los incendios de esos caseríos; uno de esos malvados dirigió a la pobre mujer un disparo de fusil y la atravesó por la espalda, haciéndoles caer a ella y a su tierno hijo... Yo no pude aproximarme a las víctimas para ministrar los auxilios espirituales, por temor de ser victimado también a balazos, desde que los criminales parecían no tener conciencia y actuaban sin que nadie pusiera resistencia a sus desbordos y pasiones".

"En los demás caseríos de La Mar he visto cuadros de dolor indescriptible: pobres indios agonizantes, con horribles heridas de bala, rodeados de algunos deudos ancianos (porque los jóvenes permanecen escondidos) que lloraban el mal que no tiene remedio. Cadáveres de varones, mujeres y aun de criaturas que permanecían tendidos por los suelos, insepultos por muchos días; algunos despedían ya olor insoportable. ¿Será posible que tanto crimen quede sin castigo?" (58)

El recuerdo de esta masacre ha pasado a formar parte de la tradición del pueblo. Todavía hoy, los chunguinos son conocidos por su valentía y presencia de ánimo.

Como todas las comunidades, la de Chungui debe permanecer alerta contra los aca-

paradores de tierras, gamonales y tinterillos.

El procedimiento es conocido: el tinterillo falsifica títulos y recurre al Juez de Primera Instancia reclamando la posesión de sus tierras supuestamente arrebatadas por la comunidad. La maquinaria judicial, engrasada por las dádivas del litigante, funciona con rapidez: muy pronto se expiden resoluciones respaldando la reclamación.

Mientras tanto los comuneros, verdaderos propietarios, ignoran que la araña sigue tejiendo su tela. Sólo se enteran cuando aparece el tinterillo para recuperar "sus tierras" protegido por el juez y los guardias.

¿Qué hacer entonces? Si acatan la decisión judicial, habrán perdido sus casas, sus cultivos, y tendrán que emigrar a parajes siempre más altos, más pobres... Si se resisten, serán acusados de "invasores" y masacrados...

En 1963, ante las intrigas de un tinterillo, Chungui optó por resistir colectiva, organizadamente. Y los guardias, desarmados por comuneros enfurecidos, tuvieron que regresar a la capital provinciana.

Pero las cosas no quedaron ahí. Los "indios" habían resistido a la autoridad y ese es un delito que en el Perú se paga muy caro. Muy pronto, personero, gobernador y alcalde fueron apresados y llevados a Ayacucho.

Pero la maravillosa fuerza colectiva de los campesinos se mantuvo invencible. Día y noche la comunidad estaba alerta contra sus enemigos, casi militarizada. Cientos de ojos y oídos percibían cualquier movimiento extraño para impedir que sus cultivos fueran invadidos. Al fin las autoridades fueron puestas en libertad. La segunda batalla había sido ganada.

Chapi, la hacienda más grande de la provincia, era también un semillero de descontentos y el centro de irradiación de todos los abusos e intrigas contra los campesinos. Su extensión abarca gran parte de la provincia: desde los ríos Pampas y Apurímac, las tierras de Chapi suben a la puna y bajan a las selvas. Para recorrerlas, hay que emplear varios días a pie y en lomo de bestia.

La ganadería y la producción de alcohol de caña sin rectificar son sus principales actividades. Está dividida en cuatro "pagos"; cada "pago" está obligado a servir en la hacienda, en la época del año que ésta fija. El trabajo no es retribuido con salarios, sino en alcohol y coca.

Los Carrillo, dueños de la hacienda, se distinguían por su trato duro y despiadado.

Ya en 1956, el explorador francés Michel Perrin había descrito en un emocionante libro (59), su aventura en la hacienda Chapi adonde llegó buscando los orígenes del Alto Amazonas, en compañía de su alumna Teresa Gutiérrez.

Engañado por Miguel Carrillo, quien le dijo que el río Apurímac era navegable a la altura de su hacienda, Perrin intentó surcarlo en una frágil balsa. Fue arrebatado por las torrenciosas aguas y arrastrado unos 10 kms. Salvó la vida por milagro pero Teresa, su alumna, pereció.

(58) *Ibid.*

(59) PERRIN, Michel. *La tragedie du Haut-Amazone*. Robert Noel. Paris, 1956.

En su valiente libro Perrin denuncia las intrigas de Carrillo, su comportamiento de señor feudal y su dominio sobre los peones indígenas. Prueba, punto por punto, que Carrillo preveía la suerte fatal que correría, a pesar de lo cual lo instó a intentar la navegación.

El objetivo de Carrillo habría sido hacerlo desaparecer, confiado en que Teresa, que tenía salvavidas, sobreviviría a la tragedia: "Lectores distraídos me han preguntado a veces: "¿Cuál fue el rol de Miguel Carrillo?". Yo creo haberlo dicho claramente desde el accidente a la policía, luego a la justicia peruana y al fin en estas páginas. Cuatro años después no puedo sino confirmar, y lo hago con plena conciencia del sentido de mis palabras: Carrillo es culpable de homicidio premeditado. ¿Quién estaba marcado? Yo mismo, sin duda. ¿Teresa y yo, quizá Teresa sola? No lo creo. Es posible que, por el contrario, como me lo han hecho notar, él haya pensado que yo sólo desaparecería y que los peones le traerían a Teresa. Puede ser también que él nos haya deseado la muerte a todos, la de los peones era despreciable a sus ojos". (60)

Pero los Carrillo eran amos de la provincia y tenían poderosos amigos en Lima. Y aunque la trágica muerte de Teresa Gutiérrez, una joven universitaria de San Marcos, conmovió a todo el país, el caso fue silenciado muy pronto y Perrin se vio obligado a abandonar el Perú.

Chapi está al frente de La Convención, en la otra banda del río Apurímac. A sus peones sólo les bastaba cruzar el río para enterarse que al otro lado habían sindicatos y la gente exigía salarios...

La respuesta a las reclamaciones de los trabajadores a quienes los Carrillo obligaban a prestar servicios en forma gratuita, había sido siempre violenta. Los rebeldes eran colgados, azotados y encerrados con grilletes en la casa-hacienda.

En enero de 1963, Miguel Carrillo estranguló personalmente y luego degolló a Julián Huamán, colono de Oronjoy, uno de los "pagos" de la hacienda: éste había cometido el atrevimiento de reclamarle un toro que Carrillo había vendido sin pertenecerle. No contento con eso, amenazó con hacer lo mismo a cualquier futuro quejoso.

El crimen sublevó a los campesinos. El 8 de enero de 1963, las mujeres de Oronjoy apresaron y ataron a Miguel Carrillo y lo condujeron sin hacerle ningún daño adonde el juez de paz de Chungui, en cuyo despacho hicieron una larga lista de quejas.

La reacción de los campesinos era, después de todo, mesurada y serena. El documento que elaboraron en esa ocasión, constituye una de las piezas más ilustrativas sobre los abusos de los latifundistas y prueba contundentemente la conducta siniestra de los Carrillo.

Entre otros innumerables abusos, acusaban a los Carrillo de haber violado a las siguientes campesinas: Ignacia Orihuela, Lorenza Balboa de Huamán, Mercedes Pacheco de Huamán, Rosa Santa Cruz de Sánchez,

Evarista Sánchez de Cose, a la esposa y la hija menor del colono Emilio Contreras. Acusaban a Miguel Carrillo de haber maltratado, causándole lesiones graves, a la señora Catalina Orihuela de Ccorahua y de haber robado el ganado vacuno y caballar de 10 colonos.

Como es costumbre en estos casos, se inició un largo y tedioso expediente. A pesar de ser culpable de un homicidio perpetrado ante la presencia de numerosos testigos, Miguel Carrillo fue liberado inmediatamente y los quejosos fueron apresados "por atentar contra la libertad del señor Carrillo".

Rápidamente empezó a funcionar la maquinaria judicial en poder de los gamonales de la zona: los reclamantes fueron acusados del robo de 20 mil soles y encarcelados por cuatro años.

Y así, el 20 de diciembre de 1966, la Corte Superior de Ayacucho dictó una increíble sentencia:

"...todas estas acusaciones (asesinatos, abusos, atropellos, N. del A.) no tienen ningún respaldo dentro del proceso y en nada desvirtúan la comisión del delito contra la propiedad individual de que ha sido objeto el agraviado Carrillo Cazorla, así como el robo de especies y víveres en su almacén de Oronjoy y de lesiones...".

"FALLAMOS: condenando a los acusados Basilio Huamán Ccorahua, Virginia Huamán Berrocal y Marcelina Castro Ccaiori, reos de los delitos contra la libertad individual, lesiones y robos de comestibles, en agravio de Miguel Carrillo Cazorla, al primero a la pena de seis meses de prisión en la cárcel departamental de esta ciudad... a las dos últimas a la pena de seis meses de prisión con carácter condicional y al pago de diez mil soles por concepto de reparación civil, que pagarán en forma solidaria con los ya sentenciados...".

Saturnino y Emeterio Huamán, parientes de la víctima, permanecieron encarcelados durante cuatro años mientras el "agraviado" Miguel Carrillo, disfrutaba de libertad. Desde la prisión mantenían comunicación con sus hermanos de sufrimiento, instándolos a mantener la moral alta y a continuar resistiendo la opresión de los Carrillo.

Así era la provincia de La Mar cuando llegaron los guerrilleros.

LA MAR, 1965

Abril, Chinchibamba, pequeña localidad selvática.

Somos unas cuantas personas que nos movilizamos sólo de noche para evitar encuentros con los campesinos: todavía no queremos que se enteren de nuestra presencia, pero ellos, más hábiles, descubren nuestras huellas, nos ven a través del follaje, escuchan nuestros pasos. El rumor se extiende y las explicaciones son fantásticas: ladrones de ganado, "pishtacos" (61), comunistas... ¿Pero qué idea tienen ellos del comunista, sino la que inculcan en sus mentes primitivas; su persticiosas, el cura de la aldea, el hacendado aprista, el maestro prejuicioso?

(61) Según las supersticiones del lugar, los "pishtacos" son asesinos que comercian con grasa humana.

(60) *Ibid.*, pág. 263.

Testimonio

Somos obstinados y continuamos caminando de noche. Nuestros alimentos están agotados y durante varias semanas comemos poco o nada. No hay otra salida: hablar con los campesinos.

Empezamos a hacer amistades. Las reacciones son diversas: unos desconfían, quizás otros nos temen, pero ninguno nos niega ayuda. En el primer examen mutuo la palabra "papay" nos separa. "Papay" es el patrón, es todo blanco o mestizo, todo extranjero. Nosotros tenemos que dejar de ser "papás", de ello depende nuestra suerte futura.

Otra barrera: el idioma. Muy pocos de nosotros hablan el quechua (yo apenas si conozco algunas palabras pronunciadas desastrosamente), otro compañero sabe el quechua del Cuzco, de fonética diferente; sólo uno conoce la pronunciación del lugar.

No obstante estas dificultades, la amistad crece y menudean las invitaciones. Explicamos quiénes somos, a qué hemos venido y nuestro lenguaje va haciéndose más accesible. Debemos cuidar las palabras, hay muchas que el campesino oye por primera vez. Quiénes saben quechua sirven de intérpretes o hablan ellos mismos.

Estos campesinos viven su mundo, con sus tragedias, sus rivalidades y alegrías. Son comuneros y no están básicamente descontentos con su situación. Habitados a ver en su miseria una fatalidad, no se sienten víctimas. Defienden sus tierras de un aspirante a gamonal que quiere cultivar dentro de la comunidad con títulos fraguados. El tinterillo ha sido echado y su policía protectora ha debido retirarse con cautela, para después apresar a sus autoridades.

A ese mundo debíamos incorporarnos y fuimos recibidos con entusiasmo, afabilidad y alegría.

Junio 1965. Ya no somos "papás", somos "hermanos". (62) Ayudamos en lo que podemos. Problema de todos: médico. Faltan médicos y medicinas, la gente se muere por falta de remedios. Una tableta de aspirina tiene valor inapreciable. Curamos a los enfermos y repartimos las pocas que tenemos, doble razón para ser bien recibidos. Muchos son los que están de acuerdo con nuestros objetivos, otros se limitan a escuchar, dos o tres desconfían, pero la generalidad sabe al fin que no somos ladrones ni bandoleros. Ya no nos temen y podemos llegar a cualquier casa seguros de encontrar alimento y ayuda.

Constatamos que en este lugar la población es escasa y temporal. Lo más denso vive en las alturas y acude a las quebradas o a las selvas del río Apurímac sólo por algunos meses. Nos interesa el contacto con la población, pero ir a las alturas plantea el problema táctico de cómo desplazarnos y dónde escondernos. No sólo es problema de terreno, lo es

también de equipo. Una noche a 4.500 m. a cielo abierto, no es cosa de juego. Necesitaríamos abrigo, frazadas, ropa gruesa, pero no los tenemos, ni podemos abrumarnos con su peso al ascender los 3.000 metros que nos separan de la cumbre. Sin embargo, corremos el riesgo. De noche, calados hasta los huesos por una lluvia despiadada, subimos penosamente.

4.500 m. sobre el nivel del mar enseñan cosas interesantes: se puede combatir el frío caminando de noche y descansando de día en las oquedades calentadas por el magro sol de la puna. Si se marcha constantemente no hay hielo que valga y es mejor, porque habitúa a desplazarse en la oscuridad, un buen ejercicio. La visibilidad es cien veces superior: basta encaramarse en lo alto de un picacho para observar todo lo que sucede a un par de días de camino. Un buen largavista y problema solucionado. Y contra la aviación, las cuevas: los pedreríos pueden esconder y camuflar guerrilleros. ¿Reeditarán los futuros alzados las páginas legendarias de los montoneros? Lo harán y será uno de los aportes más interesantes a la táctica guerrillera de América latina.

La capacidad física del combatiente peruano deberá adaptarse al constante desplazamiento entre Sierra y Selva. Descenderá vertiginosas pendientes fuera de camino, protegido por la vegetación de los Andes orientales y tornará a las alturas en un movimiento constante. Su vida oscilará entre los 1.000 y 5.000 metros. No es tarea de superhombres, pero requiere una adaptación plena a nuestro endiablado territorio.

En las alturas impera la gran propiedad pero el hacendado, explotador inmisericorde, vive tan primitivamente como el campesino. En toda la zona sólo encontramos camas en Chapi. Los otros hacendados dormían en rudimentarias tarimas o sobre pellejos de carnero y comían mote (63) y papas sancochadas, igual que sus siervos.

Gran propiedad sí, pero su extensión no es sinónimo de riqueza sino de acaparamiento y criminal negligencia. Avaro, ignorante y misero, el latifundista es el obstáculo principal para el progreso. No sólo se opone tercamente a las escuelas y combate a los maestros; impide que sus trabajadores cultiven más de lo que él cree conveniente, castiga a quienes crían ganado en exceso y aplica feroces represalias. Su miseria espiritual se traduce en la pobreza irremediable de cientos de familias y su miseria material es resultado de aquélla. Teme a la competencia de sus siervos, se sabe inútil y parásito, pero defiende fieramente su parasitismo.

Si la explotación es mayor y los problemas sociales más violentos que en la comunidad, el trabajador es más claro. No necesitamos convencerlo de que el patrón, el "gamonalista" es su enemigo; él lo sabe de sobra y lo odia cordialmente. Muchos habían intentado formar sindicatos o construir escuelas. Castigo: unos cuantos latigazos, prisión en la misma casa-hacienda, o denuncia ante las autoridades por agitación comunista. El hacen-

(62) Nosotros usábamos muy poco la palabra compañero o camarada. Se extendió espontáneamente por toda la zona el vocablo "hermano": dice más y está más cerca de la psicología campesina que vincula el amor y la amistad con los lazos familiares (el mejor amigo es siempre un pariente "espiritual"). Así, tal guerrillero era el hermano Fulano de Tal. Y para indagar si determinada persona era digna de confianza, preguntábamos si era hermano o no.

(63) "Mote": maíz cocido.

dado increpa: "¿quieres ir a la escuela para aprender a robar?"

Hay descontentos en todas partes y nos acogen con entusiasmo. Cuando empiezan nuestras operaciones contra los latifundistas —paso previo e indispensable para conquistar su total confianza—, su entusiasmo crece. Nuestra propaganda armada, exenta de discursos pero impregnada de acciones concretas contra los gamonales, dio resultados.

Ha bastado poco tiempo para expulsar al latifundismo de esos lugares. Muchos terratenientes han huido sin esperar a que llegáramos a ellos. Los trabajadores empiezan a darse cuenta de lo diferente que es vivir sin patrón. Todas nuestras acciones cuentan con su respaldo.

Después de la toma de Chapi (64) muchos bailan de gusto. Hasta han aprendido a levantar el puño derecho: "¡Comunista!". Los guardias civiles que en gran número han ocupado la casa-hacienda después de nuestra retirada, increpan a algunos llorosos: "¿no te da vergüenza lamentarte por esos desgraciados?". Surge la primera canción con tonada de huayno inventada por algún comerciante que recorre a pie las serranías diseminando la noticia: "Los guerrilleros cosecharon papa en Chapi", sirviéndose de la similitud, en su rudimentario castellano, entre las palabras "papa" y "papay" (patrón).

Los colaboradores de la guerrilla aumentan. Se incorporan los primeros campesinos. En Sojos, Muyo, Palljas y Chapi, prometen hacerlo mucho más. Por primera vez y emocionalmente, nos cercioramos de que va forjándose un poderoso vínculo entre el campesinado y la guerrilla. Ausentes los terratenientes, desorientado el ejército que no acierta a ubicarnos, quedamos convertidos en la única autoridad de la zona.

Pero hemos cometido gruesos errores. Nuestros amigos son conocidos en todas partes. Secretas o públicas, sus relaciones con nosotros son divulgadas. Un día es uno que le cuenta a su mujer que nos guió a determinado lugar, ésta lo narra a la vecina y la vecina al resto. Otro día es un joven que, ebrio en la fiesta pueblerina, grita con orgullo que es comunista y amigo de los guerrilleros. Otra vez somos nosotros que visitamos a alguien de día. No toda la población es segura. Hay soplones, exmayordomos de los latifundistas, gente que traiciona o delata o que, simplemente, guarda las informaciones para el futuro.

Nos damos cuenta del peligro e instamos a nuestros colaboradores a incorporarse a la guerrilla. Unos lo hacen de inmediato y otros dicen que nada pasará, que no tengamos temor, que, en todo caso, ellos sabrán cuidarse.

Octubre 1965. Aparecen las primeras patrullas del ejército, pequeños grupos móviles que aparentan ser guerrilleros. Preguntan a los campesinos: "¿sabes dónde están los compañeros? Les traemos encargos de Lima". La arducia es torpe para ubicarnos pero efectiva

para descubrir a los ingenuos. Advertimos contra el peligro, pero es tarde.

Cuando la invasión se produce, todos nuestros colaboradores son torturados, fusilados, masacrados. La terrible venganza abarca a los familiares más cercanos, a sus parientes, a los cultivos, a las casas mismas, que son incendiadas sin piedad. Han regresado los días de 1922. Es la barbarie planificada para aterrorizar a la población y castigar ejemplarmente su amistad hacia nosotros.

Pero revela también cobardía e inseguridad. En ningún caso las tropas usaron de la persuasión o discriminación culpables de inocentes. Antes que averiguar, les resultaba más práctico matarlos a todos. ¿Cómo podrían convencer al pueblo de que defienden una causa justa si su desesperación los impulsaba a acabar rápidamente con el peligro sin reparar en los medios? Al hundirse en la sangre de sus víctimas no hacían otra cosa que tratar de ahogar su propio miedo.

Hay tremendas lecciones en todo esto: la primera, el campesino está dispuesto a colaborar; la segunda, hay que cuidar la vida del colaborador tanto como la propia. Si nuestra subsistencia depende de nuestra agilidad, la del colaborador depende del secreto. Nosotros aprovechamos hasta cierto punto la primera, pero descuidamos lamentablemente la segunda.

Hay diferencias entre comunero y yanacón. El primero es, en la práctica, un pequeño propietario que realiza sus labores con toda independencia, cultiva su pequeña parcela, consume sus productos, vende café y cacao en el pueblo y sólo acude a la comunidad para que le señale qué terreno puede cultivar (tratándose de tierras de selva) y para la apertura y conservación colectiva de los caminos. Lo afectan dos problemas fundamentales: el latifundio, que tiende a crecer a expensas de las tierras comunales, y los bajos precios de sus productos. Mientras el terrateniente lo expulsa de las mejores tierras, el comerciante lo mantiene en la miseria sujetándolo a su dominación económica. El comunero se defiende colectivamente del gamonal y muchas veces lo tiene en jaque ejerciendo una maravillosa fuerza común, pero aún no sospecha del comerciante porque está habituado a una relación desventajosa donde no hay más que una sola demanda para sus múltiples ofertas. Si su unidad es ejercida contra el terrateniente, se enfrenta aisladamente al comerciante. Por lo general, éste es también uno de los comuneros más ricos (si riqueza se puede llamar a una tienda para el expendio de unas cuantas ropas, fósforos y conservas que muy pocos compran) y es uno de los "notables" del pueblo. Frecuentemente, será el primer informante del ejército y el más activo delator.

Si el comerciante está incrustado en la comunidad como un cuerpo extraño, el latifundista se infiltra en ella: seduce, compra o presiona al gobernador, al juez de paz y atemoriza al maestro.

Este pequeño mundo se vincula con el exterior a través de los vendedores viajeros, procedentes de la capital de provincia o del departamento, o de pueblos dedicados inte-

(64) La toma de Chapi, en que murieron los odiosos hacendados Carrillo, se produjo el 25 de septiembre de 1965. Hasta hoy es materia de un proceso militar.

gra y exclusivamente al comercio de miserables manufacturas. Algunos son buenas gentes con ciertas simpatías por la izquierda —tienen hijos universitarios o colegiales influidos por las nuevas ideas— y otros son informadores espontáneos de la policía.

La primera reacción de los esbirros al conocer nuestra presencia fue apelar despiadadamente a las autoridades comunales en la Prefectura de Ayacucho y obligarlos, bajo amenaza de muerte, a mantenerlos informados de todo lo que sucedía. Unos se convirtieron en confidentes y otros mantuvieron su lealtad. El comunero respeta a sus autoridades y, antes que el extraño que viene de lejos preferirá siempre a su alcalde, su personero y su gobernador. Atemorizados, constituían un peligroso factor en nuestra contra.

Si el dogmatismo es perjudicial al militante, puede ser mortal para el guerrillero. En el campo encontrará problemas nuevos, grandes y minúsculos, y deberá resolverlos con claridad política y amplitud, sin perder de vista los objetivos que lo llevaron a tomar las armas. Constatará a menudo conflictos de tierras entre los comuneros o yanacunas, pequeños odios de familia, rivalidades entre un pueblo y otro. Será consultado, se le pedirá que interceda ante tal o cual persona o que la presione en tal o cual sentido. No podrá negarse; el quejoso puede ofenderse.

En Ayacucho, como en otros lugares, el hacendado llama colonos a los siervos a quienes, a cambio de un pedazo de tierra, obliga a trabajar, muchas veces sin ningún salario. La necesidad de contar con mano de obra barata o gratuita para las tareas de la hacienda, lo que en estos tiempos encuentra una gran resistencia, obliga al patrón a la violencia, exacerbando el conflicto. Hoy es alguien que no vino a trabajar o a quien habrá que traer por la fuerza para que el ejemplo no cunda; mañana será un toro arrebatado a su dueño para venderlo a un comerciante cualquiera; otro día habrá que impedir que los campesinos cultiven demasiado para que no se enriquezcan rivalizando con el patrón. Una serie de grandes y pequeños abusos generan un clima de odio y la coyuntura para la acción es constante.

Hecho incontrovertible: el latifundio decae en todas partes, cada día es más difícil mantenerlo (esta afirmación se refiere exclusivamente a la zona donde actuábamos). Los gamonales venden sus tierras o se alejan abandonando a sus siervos la posesión de los cultivos. Se produce poco, cada vez menos, y el hambre empieza a alcanzar al pequeño terrateniente. El antiguo edificio, carcomido por los años, se derrumba. ¿Estamos yendo hacia un conglomerado regresivo de miserables propietarios o hacia una clase social liberadora? ¿Esperaremos a que estos siervos, revolucionarios potenciales por sus contradicciones con el latifundista, se transformen en egoístas pequeñoburgueses por obra de esta espontánea reforma? ¿Decidirá algún día la oligarquía peruana (integrada en su mayoría por los grandes banqueros y los ricos latifundistas de la Costa), sacrificar a sus parientes pobres de la Sierra en una reforma agraria demagógica que privaría a la Revo-

lución de una de sus bases más sólidas? Si empezamos ahora, esa masa será nuestra aliada; si lo dejamos para mañana, la tarea puede ser más difícil. La sociedad es cambiante y el quietismo del agro peruano sólo una apariencia.

Siervo y comunero están emparentados. Muchas veces aquél tiene tierras en la comunidad vecina y si carece de ellas puede que tenga familiares comuneros y a la inversa, lo que convierte a estos hombres en una masa que se entrelaza y confunde. Eso nos beneficia: cualquier acción contra el latifundista repercutirá favorablemente en la comunidad y la ayuda que prestemos a ésta encontrará eco en la hacienda.

Nuestros anfitriones más afectuosos fueron quienes en otra época habían intentado organizar a sus hermanos para reclamar colectivamente el pago de salarios y protestar contra los abusos. Instigadores de la negativa a trabajar para el patrón, propiciadores de la independencia, víctimas indefensas de crueles represalias, fueron los más fieles ayudantes de la guerrilla y los primeros en integrarla. Rindo emocionado tributo en estas líneas a Nemesio Junco, balseiro de la hacienda Sojos, cholo maduro e íntegro, cariñoso y sincero hasta lo increíble, bueno de pies a cabeza, nuestro primer hermano y primer combatiente, capturado y fusilado en Sojos, y a otros más cuyos nombres no cito para salvar sus vidas.

Deslumbrados ante el nuevo camino que les ofrecía la guerrilla, entusiasmados ante la verdad que aparecía desnuda ante sus ojos primitivos, se convirtieron sin tardanza en nuestros mejores propagandistas. Inolvidable el gesto de muchos que, al hablar a sus hermanos en su propio idioma decían, alzando el fusil en sus manos recias y trabajadoras: "Hermanos, los gamonalistas se acabaron. ¡Esto es respeto!".

Estos son los hechos. ¿Tuvimos apoyo campesino? Si por él entendemos una convicción teórica general y elaborada, un respaldo masivo y organizado, evidentemente no lo hubo. Pedirlo sería trabajar con entes metafísicos y no con realidades. Si, por el contrario, llamamos apoyo campesino a la colaboración de la generalidad, nacida de la certeza de que estábamos allí para defenderlos, es indiscutible que sí lo encontramos y que, aun más, superó todos nuestros cálculos.

Al Norte y al Este de nuestras posiciones teníamos a los campos. Al comienzo poblaban todo Chinchibamba (65) y hace unas decenas de años han sido empujados selva adentro. Los independientes cultivan y comercian, aunque siguen practicando sus ancestrales costumbres. Otros, los rebeldes, se han ido a vivir en el monte, adonde la codicia del hombre blanco no llega aún, retornando a la vida colectiva con sus jefes, pero sin explotadores. En general el ataque al campo es inmisericorde: todavía, como en los tiempos bárbaros, los pueblos son asaltados por los latifundistas; al poner en fuga a los mayores, se llevan a los niños para criarlos a

(65) La palabra Chinchibamba deriva de Chunchuy-pampa o pampa de "chunchos" (selvícolas).

manera de esclavos en sus haciendas, so pretexto de "civilizarlos". Toda su vida, estos hombres primitivos crecen sirviendo al patrón. En Osambre, una de las haciendas que emplea estos métodos en pleno siglo XX, los campos están concentrados en dos compartimientos separados para hombres y mujeres y no reciben, desde luego, ningún salario. Están prohibidos de mantener cualquier tipo de relación con el mundo circundante. Además, son muy pocos los extraños que llegan a lugares tan apartados. El patrón, un yugoslavo que llegó misteriosamente al lugar y cuyo origen nadie conoce, es un gran conocedor de la selva y de las costumbres y hábitos de los selvícolas; habla además su idioma y todo eso le permite explotarlos mejor, a menudo inmisericordemente. Cualquier abuso horrendo, cualquier muerte de uno de sus trabajadores son ignorados por la policía y las autoridades que ni se enteran del asunto pues el lugar civilizado más cercano es Quilabamba, la capital de provincia, que queda a unos seis días de camino a pie, por sendas entre el monte. Como ninguna autoridad llega hasta ahí, el latifundista es amo y señor de la zona.

La religión católica y la protestante, llenas de mitos y fantasmas, sirven idealmente a los propósitos de los patrones: el temor a Dios se confunde en las imaginaciones primitivas con el temor al patrón. Atentar contra el patrón es atentar contra Dios. Algunos campos, que instintivamente son atraídos por la vida en libertad, logran fugarse, internándose en la selva. Pero no llegan muy lejos porque el patrón es tan conocedor de la selva como ellos y tiene a su favor dinero y armas. Como no puede permitirse un mal ejemplo que cundiría peligrosamente entre los demás esclavos, el fugitivo es, por lo general, liquidado. Otras veces, a pesar de la prohibición del patrón, las relaciones amorosas entre una que otra campo y los comuneros del frente de la hacienda se producen. Entonces, como en las películas, el extraño tiene que robarse a la campo y fugarse con ella bien lejos de las iras del patrón.

Aproximarse y hacer amistad con los campos rebeldes, liberar a los esclavos, expulsar al latifundista opresor, serán tareas inmediatas para la guerrilla y su mejor propaganda. Pero eso no será fácil. Si hay un visible desnivel entre el campesino quechua y el guerrillero criollo, es todavía mayor entre éste y el selvícola. Para que ambos se entiendan, será necesario un largo proceso de adaptación en que el guerrillero aprenderá nuevos dialectos y costumbres.

Después de numerosas experiencias que nos granjearon la simpatía de los pobladores, el exceso de confianza nos llevó por el despenadero hacia duros contrastes. Éxitos sucesivos hicieron que sobrestimáramos nuestras propias fuerzas. Por otro lado, se produjeron algunas desertiones que bajaron el número de los guerrilleros, afectando su potencia de fuego.

Eramos en verdad un grupo pequeño. En los momentos más difíciles llegamos a ser apenas 13. Por un lado la falta de comunicación con los centros urbanos nos impedía

contar con un reclutamiento permanente de hombres.

Estábamos cercados. El cerco no comprometía la existencia misma de la guerrilla, que se movía en tales condiciones con bastante comodidad pero nos impedía posibilidades seguras de comunicación con el exterior. A fines de 1965, nuestros ensayos en ese sentido habían fracasado.

Hay que decir que un error nuestro fue no haberle dado suficiente importancia a ese tipo de enlace y haber confiado más en el reclutamiento de hombres dentro de la zona en que actuábamos. Nuestra intención era proveernos allí mismo de abastecimiento y guerrilleros. Lo primero era fácil, sobre todo para un grupo tan pequeño como el nuestro. Lo segundo era factible pero en un proceso demasiado lento, por la lentitud misma del campesino en sus decisiones. El campesino se decide finalmente a integrar la guerrilla pero lo piensa, y balancea todas las posibilidades antes de incorporarse. Por el contrario, la guerrilla necesita de un reclutamiento rápido y numeroso que fortalezca al grupo y lo ponga en mejores condiciones de combate.

Nuestra pequeñez nos impedía emprender acciones en gran escala contra el ejército. No obstante, confiábamos en nuestro conocimiento del terreno y en los numerosos amigos que teníamos en todos los lugares. Empezamos a desplazarnos de día, por caminos conocidos, confiados en los informes de la población y descuidamos precauciones elementales. La base de nuestra confianza eran los infructuosos esfuerzos que hacía el ejército para ubicarnos y su temor a atravesar ríos, arroyos y accidentes del terreno vigilados por nosotros.

Sabíamos que mientras nos moviéramos constantemente el peligro no era inminente. Por otra parte, la naturaleza accidentada del terreno, pródigo en alturas inmensas y cañones impresionantes, lleno de pendientes de muy difícil accesibilidad, hacía prácticamente imposible un cerco efectivo. En realidad, el enemigo se limitaba a controlar los pasos más conocidos y que lógicamente no eran utilizados por nosotros.

Durante un buen tiempo, guerrilleros y soldados jugaban a las escondidas, buscándose mutuamente y manteniendo breves escaramuzas. Si la guerrilla, fiel a su movilidad, para la que era perfectamente capaz, hubiera ensayado un largo desplazamiento hacia otras zonas igualmente pobladas, se habría salvado desconcertando al ejército.

Pero cada guerrillero que se siente dueño del terreno y cree conocerlo, empieza a fijarse a él insensiblemente. Y entonces está perdido porque no siempre las informaciones de que dispone corresponden a la verdad y tampoco cuenta con todos los datos sobre el adversario, que debería tener.

A fines de 1965, los choques desventajosos se sucedieron, hasta que el 17 de diciembre la guerrilla fue sorprendida por un destacamento del ejército en un lugar conocido como Tincoj. En ese combate murieron tres compañeros, uno de ellos Edgardo Tello. El resto de la guerrilla fue dispersado y quedó desarticulado.

Testimonio

En una selva tan accidentada y densa como aquella donde operábamos, cualquier reencuentro era prácticamente imposible. Apesar de todos nuestros esfuerzos, no pudimos volver a articularnos.

Quizás un grupo más numeroso hubiera podido pasar, aunque maltrecho, esos momentos difíciles, pero éramos muy pocos y la pérdida de cada hombre resultaba un verdadero golpe.

Desarticulada al fin la guerrilla, dispersos los combatientes, cada uno quedó librado a su propia suerte y fueron entregando sus vidas bajo el fuego implacable de una verdadera cacería humana.

La suerte de los compañeros, individualmente, es desconocida. Algunos murieron en combate. Otros fueron capturados, apresados y luego fusilados por los servicios de Inteligencia del ejército. El resto, perseguido aún y buscado por todo el país.

En 1967, compañeros del ELN morían también, junto al Che, en la gesta de Nanchahuazú. Sus nombres: Juan Pablo Chang Navarro (El Chino), José Cabrera Flores (El Negro), Lucio Galván (Eustaquio).

LAS CAUSAS DEL FRACASO

¿Por qué fallamos? ¿Cuál fue el origen del fracaso en Ayacucho?

La atomización y liquidación de la guerrilla no se debió sin duda a la falta de apoyo campesino. Este existió en múltiples formas, tal como hemos visto anteriormente. La zona, accidentada y desconocida para el ejército, estuvo bien elegida.

Las raíces del fracaso deben buscarse en la guerrilla misma y en su dirección.

En éste, como en otros casos, un grupo de hombres procedentes en su mayoría de la ciudad, trataba de operar militarmente en un medio desconocido.

El desconocimiento del terreno es una desventaja superable a corto plazo, si el destacamento es hábil y activo. La guerrilla pudo salvar ese obstáculo y lo hizo efectivamente. Pero no siempre utilizó sus conocimientos y muchas veces prefirió la labor más fácil, pero mucho más peligrosa, de desplazarse por caminos conocidos.

Al hacerlo iba dejando una estela de informaciones que muchos campesinos no pudieron guardar en el secreto, cuando fueron torturados y masacrados. La guerrilla no supo prever, en los hechos, la dimensión y profundidad que alcanzaría la represión.

La guerrilla conquistó muchos amigos pero no supo cuidarlos. Sus colaboradores eran conocidos por todo el mundo. Cuando el ejército llegó, le bastó fusilar a los colaboradores para atemorizar al resto de la población.

Por otra parte, el idioma era siempre la barrera que separaba a los alzados de los naturales. El campesino identifica el castellano con el patrón sobre todo en los parajes que, como Ayacucho, tienen un altísimo porcentaje quechua. Para que el guerrillero pueda despertar confianza debe hablar correctamente el quechua, y no cualquier quechua sino el de la zona en que actúa porque, como es sabido, en el Perú existen notables diferencias idiomáticas de región a región.

Otra barrera son las costumbres. Se precisa mucha disciplina para que un conjunto de hombres pueda aprender a respetar, a imitar y a amar las antiquísimas costumbres de los campesinos, para que no hieran su susceptibilidad con actitudes torpes. Disciplina, cariño hacia el campesino y modestia. Y no siempre son esas las características de jóvenes estudiantes o políticos llenos de cierta autosuficiencia intelectual que choca a los hombres sencillos; portadores de una conducta diaria que muchas veces se contradice con los hábitos de la gente de campo.

A pesar de la simpatía con que contaba, faltó a la guerrilla una mayor compenetración con las costumbres de la gente oriunda del lugar. Eso le hubiera permitido conocer con mayor precisión a los amarillos y contar con información mejor y más oportuna sobre los movimientos del enemigo.

La táctica guerrillera, aplicada estrictamente con todas sus características de movilidad, evasión y ocultamiento, ataque y retirada rápidos, exige una gran calidad física en los combatientes y óptima capacidad militar de la dirección. En general, férrea disciplina y armónica actuación de todo el grupo. La guerrilla del ELN, como todas las que operaron ese año, no estuvo, en este aspecto, a la altura que se necesitaba para superar las dificultades y hacer frente a un enemigo numeroso y bien entrenado.

En las circunstancias actuales sigue siendo posible que un pequeño equipo de hombres opere con éxito en las zonas campesinas.

Para conseguirlo, debe aplicarse estrictamente los principios guerrilleros que fueron más o menos desdenados por los alzados del 65. Y debe empalmar su acción con la de las masas en la lucha por reivindicaciones nacionales y locales sentidas por ellas.

Un equipo de gran calidad política, organizativa y militar, que debe formarse no en el liberalismo de la izquierda urbana sino en el fuego del combate. Y que debe promover, mediante una hábil conducta, a nuevos combatientes naturales de la región.

Cuando el campesino ve actuar y escucha hablar en su defensa al guerrillero recién llegado de la ciudad, simpatiza y colabora con él. Pero cuando ve a su propio hermano en el ejército revolucionario, hablando su propio idioma y acento, lo sigue sin pensarlo mucho.

CAPÍTULO VII

ALGUNAS ANOTACIONES FINALES

A fines de 1965, el movimiento guerrillero había sido totalmente liquidado. En las acciones había perecido un grupo de cuadros, producto de muchos años de lucha, una dirección brillante para la lucha política, pero que había demostrado no estar a la altura de las necesidades impuestas por la lucha militar revolucionaria en este momento de la historia del Perú.

CIUDAD Y CAMPO

Las acciones de 1965 se desarrollaron casi íntegramente en el campo. No afectaron ni a la ciudad ni a la extensa faja costera de nuestro país en la que están ubicados importantes centros de producción, varias minas y centros petroleros, la fabricación de acero y las haciendas cañeras que cuentan con un proletariado agrícola de gran tradición combativa.

Dos factores contribuyeron a que en los núcleos urbanos de la Costa y Sierra no se efectuara ninguna acción de respaldo a las guerrillas: a) las concepciones de los guerrilleros sobre la guerra a librarse; b) su incapacidad de acción e insuficiencia de medios.

Tanto para el MIR como para el ELN, la guerra guerrillera debía ir del campo a la ciudad y, en su primera etapa, su misión fundamental era ganar el apoyo de las masas campesinas y crear una fuerte vanguardia combativa. Debido a ello, no sólo se descuidó las ciudades, sino que se estableció cuidadosas directivas para que en ellas no aconteciera ninguna acción prematura.

El objetivo era establecer una dirección en el campo. Se temía que, de actuar demasiado rápido una organización urbana, tendería a funcionar por su propia cuenta, creando problemas de dirección. Y dos direcciones paralelas atentan contra el principio de que el mando debe pertenecer a la guerrilla.

Por otro lado, debe tenerse en cuenta la pequeñez de ambas organizaciones. Colocar cuatro frentes en la sierra era ya un gran esfuerzo que sobrepasaba su capacidad. Era prácticamente imposible montar un organismo que actuara al mismo tiempo en ambos lados. Por eso, al iniciarse el alzamiento, prácticamente todos los cuadros estaban en el campo.

Si a esto añadimos el desacuerdo del resto de la izquierda con la oportunidad de la insurrección, desde los trotskistas hasta el Partido Comunista, y su solidaridad sólo moral, nos daremos cuenta de por qué, a mediados de 1965, mientras se combatía en el interior las ciudades conservaban su fisonomía tranquila, alterada sólo por los trajines de las fuerzas represivas y por intentonas aisladas de elementos que no respondían al mando de ninguna de las organizaciones actuantes.

A todo esto se añaden las características de la vida social peruana. Nuestro país, que todavía no ha logrado una plena integración social, económica y cultural, no reacciona jamás como un todo. Fuertes barreras separan al poblador del campo del de la ciudad, al obrero del campesino, al serrano del costeño, al Norte del Sur. Poderosas acciones en determinadas zonas del territorio no repercuten en el resto. Así ha sucedido a lo largo de nuestra historia y así sucedió en 1965, cuando los sangrientos combates de la Sierra no conmovieron a la Costa, donde el pueblo, indiferente, no reaccionó ante el impacto de la guerrilla como ésta esperaba que sucedería.

Es cierto que las guerrillas estremecieron a la reacción y la oligarquía, ya que éstas sí percibían claramente el peligro que significaban

para su estabilidad, sobre todo en un país de situación económica tan explosiva como el Perú; pero el pueblo no tenía la misma capacidad de análisis para percibirlo. No existía tampoco una dirección política capaz y actuante que supiera aprovechar con ventajas esos momentos para una efectiva campaña propagandística, basada en el ejemplo guerrillero. Todo lo que la izquierda hizo fue publicar tímidos comunicados de simpatía que no abarcaron sino su reducido círculo de influencia.

Hay que precisar sin embargo que, por sus acciones, la guerrilla consiguió rápidamente una repercusión mayor a la que jamás había tenido la izquierda durante toda su historia. Pero fue una repercusión que no llegó a traducirse en acciones populares de apoyo.

La misión que los combatientes habían dado a sus pocos activistas de la ciudad era la de servir de centro de contacto dentro del país y con el exterior, de punto de coordinación y de aprovisionamiento en hombres, armas y equipos. También la de difundir propaganda. Tareas que resultaron demasiado grandes para grupos tan pequeños que no tardaron en perder todo contacto con las guerrillas, cuando éstas fueron cercadas.

GUERRILLA Y CAMPESINADO

Frente a las masas campesinas la situación de los guerrilleros era también difícil. En el Perú existe desde hace siglos un enorme desnivel entre la clase media y obrera urbana, de la que se nutrieron las guerrillas y el campesinado.

El hombre de la ciudad discrimina y desprecia al hombre del campo, particularmente al campesino quechua. A la inversa, éste desconfía del hombre de la ciudad; siempre ha visto en él al explotador, al que viene a arrebatarle sus tierras, al amo.

Una gran proporción de nuestra población campesina habla solamente quechua y la que es bilingüe prefiere expresarse en su idioma original. Usa el castellano solamente para hablar con el latifundista, cuando es obligado a ello.

La división es también de costumbres: a menudo el comportamiento del hombre de ciudad choca al campesino, le divierte o desagrada.

Se trata pues de una división de sectores sociales que tiene profundas raíces históricas en el régimen colonial y republicano, y que debe ser superada por la propia guerrilla.

Quizá se debió a eso que el proceso de reclutamiento de nuevos guerrilleros oriundos de los lugares donde se combatía, haya demostrado ser muy lento. No podía ser de otra forma, desde que, a las barreras que le causaban, se unía la característica parsimonia de nuestro hombre de campo que mide el tiempo no en días sino en cosechas...

La guerrilla necesitaba entonces acción y tiempo para convencer al campesino de la justeza de la vía emprendida. Acción para demostrarle que de verdad estaba dispuesta a actuar contra sus enemigos y tiempo para desarrollar una buena campaña de

esclarecimiento, en grupo e individualmente, sobre cada acción.

Mientras tanto, el ejército actuaba. Un ejército que sabía, por las experiencias recogidas en otros países a través del asesoramiento norteamericano, que una guerrilla debe ser aplastada en sus gérmenes, so pena de tener que resignarse a permitir su subsistencia.

La guerrilla perdió esta lucha contra el tiempo porque la mayoría de sus integrantes carecía de la capacidad necesaria como para adaptarse rápidamente, no sólo al terreno sino a la vida diaria de los campesinos, a su idioma, a sus costumbres.

Este es un proceso que, en verdad, dura años. Pero cualquiera que deba llevar adelante con éxito una guerra en el campo peruano tiene que desarrollar esa evolución en meses.

Antes de que se hubiese logrado una fusión estrecha entre estudiantes y campesinos, la guerrilla había sido derrotada. El proceso iniciado, vital para el futuro de la revolución, quedaba cortado.

En el fondo de todo esto hay una raíz de clase: la extracción pequeñoburguesa de las guerrillas las dotaba de todas las virtudes y defectos que corresponden en nuestro país a este sector social.

Al mismo tiempo que audacia, imaginación, romanticismo, estos grupos avanzados de la pequeña burguesía han tenido siempre sectarismo, excesivo amor por la publicidad, ansia de mando y subestimación del enemigo. Por eso, al mismo tiempo que prodigaban heroísmo en sus combates contra el enemigo y audacia al lanzarse a una lucha riesgosa, fueron incapaces de asimilarse a corto plazo a un campesinado que esperaba su irrupción no sin cierta sorpresa y desconcierto.

Había también otro desnivel: las banderas enarboladas por la guerrilla se presentaban necesariamente lejanas a los ojos de campesinos interesados más que todo en reivindicaciones concretas y hasta locales. Mientras los guerrilleros hacían propaganda por la revolución social, el campesino quería cosas más tangibles, menudas reivindicaciones que los revolucionarios no acertaron siempre en tocar, a pesar de que son los resortes que pueden llevar al pueblo a un nivel superior.

Sin embargo, las guerrillas portaban un programa mucho más complicado y lejano.

Durante toda su vida, el campesino ha estado desligado de la vida nacional, ausente de los grandes problemas del país, a pesar de que sufre sus consecuencias. En general, en el Perú no existe una conciencia nacional desarrollada; sistemáticamente ha sido impedida por los grupos dominantes. Desde luego, esta conciencia tampoco existe en el hombre del campo. Es cierto que el campesino comprende lo que significan los problemas si le son explicados en lenguaje claro y sencillo, pero no los siente en carne propia, como algo inmediato y urgente capaz de llevarlo a la lucha.

El problema clave de esta etapa reside en fluir hacia el campesinado, incorporándonos a sus preocupaciones y anhelos para llevarlo hacia objetivos superiores; en tocar los resortes de la lucha por la tierra y la defensa

contra el gamonal. No se trata de colocarse en determinada zona del campo y llamarlo a que nos siga; se trata de ligarnos a él y a sus grupos dirigentes, acompañándolo en toda eventualidad. Sus objetivos locales e inmediatos deben ser empalmados con los objetivos generales y últimos de la revolución.

¿Significa esto que hay que replantear las cosas hasta el punto de abandonar por el momento la perspectiva de acciones armadas inmediatas?

A nuestro juicio, no. Significa simplemente que los guerrilleros deben tener absoluta claridad sobre el marco social en el que van a actuar y que, a partir de él deben planear y realizar sus actos. Significa que la guerrilla debe ampliar o reducir sus metas de acuerdo al escenario social en que se desplaza.

Al mismo tiempo, es necesario considerar la lucha guerrillera con una amplitud absoluta, colocándola en el ámbito de una nación en la que actúan numerosas fuerzas revolucionarias que pueden tener distinta metodología. Todavía es posible que se den nuevas experiencias a lo Hugo Blanco, desde que la reforma agraria burguesa, postulada en una tímida ley, ni siquiera ha llegado a aplicarse. El territorio del Perú es muy grande y sus realidades múltiples. Las guerrillas deben estar listas para combinar sus esfuerzos con los de otros grupos revolucionarios, aunque éstos apliquen diversos métodos.

Hay características del campesinado peruano que los alzados deben tener en cuenta. Una de ellas es el respeto y acatamiento a la autoridad colectiva. El gobernador, el personero, el alcalde de la comunidad representan la voluntad de todos los comuneros y son acatados por ellos sin discusión alguna. ¿Cómo repercute esto sobre la guerrilla? Más que en forma individual, los comuneros reaccionan colectivamente y en su actitud con respecto a los revolucionarios pesa, en gran medida, la opinión de sus autoridades. La guerrilla no opera con una masa sino con un organismo que tiene sus propias estructuras de poder a las que habrá de respetar, so pena de perder la confianza o ganarse la animadversión del pueblo. Eso le permitirá también, en determinados momentos, hacer uso de una poderosa fuerza colectiva.

Las guerrillas de 1965 no lograron fusionar sus métodos con los del campesinado. Tanto el campesinado como los guerrilleros siguieron su propio camino, porque las guerrillas no engarzaron a tiempo con el ascenso social que el campo venía viviendo desde 1956.

En resumen podemos decir que la guerrilla debe actuar y trabajar no sólo por los objetivos lejanos de la revolución sino por los cercanos de los campesinos; y no sólo para los campesinos, sino con ellos.

BASE Y DIRECCION

La tardanza para percibir todos los factores que obraron en contra de la guerrilla y ponerles remedio a tiempo, obedecía a la calidad de gran parte de los cuadros dirigentes.

Había, es cierto, en esta dirección, una gran honradez y consecuencia revolucionaria, de-

mostrada por el sólo hecho de haber perecido combatiendo por sus ideales. Sin embargo, demasiadas cosas le sobraban y otras le faltaban para estar a la altura de los acontecimientos.

Ya hemos dicho que las cualidades de dirigente de partido no bastan para encabezar un grupo alzado. Se necesita cualidades físicas, conocimiento del terreno y eficiencia en el combate, cualidades con que no contaban todos los dirigentes de 1965. La decisión de combatir no basta para hacer de un hombre un guerrillero. Muchos compañeros, que pudieron ser excelentes cuadros de la resistencia urbana o de la red de enlace, fueron al campo llevados por una determinación heroica, pero no pudieron rendir físicamente, a pesar de su férrea voluntad. Sin quererlo, se convirtieron en un lastre para otros compañeros más eficientes y para la guerrilla en su conjunto. Una selección más fría y pragmática del personal, hubiera permitido a las organizaciones contar con mejores equipos de combate.

Mientras tanto, en el común de los guerrilleros y de la masa campesina, ocultos, se encontraban los cuadros que un proceso de decantación hubiera permitido ascender a puestos de comando ganados en combate. Pero ese proceso, largo y lento por naturaleza, no se dio porque la lucha fue breve y violenta.

SUBSISTENCIA Y EXPANSION

Es posible, como se ha demostrado en varios países de América latina, que determinados cuadros militarmente capaces y políticamente convencidos de la justeza de su lucha, subsistan a pesar de los ataques violentos y sucesivos de ejércitos experimentados en la contraguerrilla. La guerrilla puede mantenerse aún sin contar con condiciones "subjetivas" suficientes en el medio en que actúa.

El problema reside en lograr que la guerrilla se desarrolle hasta poner realmente en peligro el sistema y la estabilidad del régimen en su conjunto.

Dadas las características anotadas repetidamente —desconexión, desniveles, aislamiento— es posible que una guerrilla pueda subsistir por muchos años sin repercutir en los puntos vitales del sistema.

La lucha guerrillera no es un factor peligroso para las clases dominantes mientras no precipite otras contradicciones sociales, impulsando formas de acción que deben combinarse con ella.

Para hacerlo hay que romper los esquematismos. Aferrarse a un solo esquema de acción siempre es peligroso porque lleva a los revolucionarios a una lucha aislada y unilateral, excluyente y sectaria, cerrando a la guerrilla posibilidades de crecimiento.

Debemos agregar que el esquematismo reside más en quienes hacen propaganda a la lucha armada que en quienes la realizan.

ARMAS Y POLITICA

¿La lucha armada excluye la política? Siempre se ha respondido que no; no puede existir ninguna contradicción entre ambas porque, en las condiciones de nuestros paí-

ses, la lucha armada es una lucha política, esencialmente.

Al mismo tiempo que eficientes militares, nuestros guerrilleros deben ser políticos capaces, pero no los únicos políticos; mientras la lucha armada se desarrolla en determinadas zonas del país, la lucha política debe ser extendida a todo el ámbito nacional, en las más diversas formas.

Lo que define a la conducta revolucionaria distinguiéndola del oportunismo, son sus objetivos y la consecuencia demostrada con ellos; la subordinación de todas las tácticas al único objetivo estratégico posible para quien se diga revolucionario: la toma del poder. Cuando una organización o un grupo de revolucionarios se plantean la toma del poder y no pierden esa perspectiva, todas las formas de acción son posibles y ninguna debe ser descartada.

Huelgas, resistencia pasiva, manifestaciones públicas, movilizaciones de masas, permiten que las acciones guerrilleras tengan eco en el resto del país, superando su aislamiento. La lucha armada en el campo no debe reflejarse necesariamente como acción terrorista en la ciudad más que cuando sea necesaria, políticamente clara, explicable ante el pueblo y cuando corresponda al nivel alcanzado por las masas en su acción.

Parecida es la situación del campo. Si las guerrillas se resignan a realizar únicamente acciones armadas, su posición será más difícil que si las combinan con la organización y lucha masiva del campesinado por objetivos claros y concretos.

Todas las acciones campesinas que conoce la historia de nuestro país han sido colectivas, no lo olvidemos, y hechas a nombre propio, con líderes salidos de la misma masa oprimida. La guerrilla puede garantizar con su actuación la perspectiva revolucionaria de la lucha campesina pero no puede reemplazarla. Es decir que la guerrilla es parte del todo, no la totalidad de la lucha.

Por su naturaleza móvil, la guerrilla está presente en todas partes y en ninguna. Allí donde no está, las masas deben defenderse con sus propios medios contra la represión enemiga organizándose en torno a los dirigentes más destacados de la resistencia del pueblo.

Cuando las guerrillas fueron liquidadas en 1965 el pueblo quedó inerme a merced de los masacradores. Era la lógica consecuencia del trabajo campesino realizado sólo en función de la guerrilla, para abastecerla de alimentos y hombres, pero que no había tomado en cuenta la eventualidad de una represión de este tipo. El pueblo no estaba preparado para una tal contingencia, porque la guerrilla no había tenido tiempo ni lo había pensado; tampoco habría podido hacerlo debido a su condición de cuerpo extraño. La resistencia debe ser organizada por hombres salidos del pueblo mismo, naturales de la zona, fogueados en una lucha que aquí no llegó a darse.

SIERRA Y SELVA

Es indispensable observar que el territorio de nuestro país ha obligado a la población campesina a concentrarse en valles y zonas

altas, allí donde realizar una lucha guerrillera dentro de los cánones conocidos es difícil y peligroso.

En efecto, si analizamos la experiencia de 1965 veremos claramente como todos los frentes guerrilleros se vieron obligados a replegarse hacia las zonas selváticas del Oriente peruano. Son las más seguras desde el punto de vista militar, pero no desde el político, porque cuentan con una población mínima. Los lugares más densos están en la Sierra y no en la Selva.

Este es un problema cuya solución no ha sido esbozada hasta el momento y que volverá a presentarse en las futuras acciones guerrilleras. Un problema que será solucionado sólo cuando los guerrilleros encuentren formas de operar en las sierras y en las descubiertas altiplanicies de la puna.

Eso es posible. En nuestro país hay una gran tradición guerrillera y los montoneros —guerrilleros del siglo XIX y primeros años del XX— siempre operaron en las sierras andinas.

En suma, los alzados tendrán que aprender a hacer la guerra en la Sierra o deberán quedarse en la Selva. En este segundo caso, se verán forzados a encontrar formas concretas y canales para poder influir en el campesinado serrano. Esos canales, durante un buen tiempo, serán políticos y propagandísticos.

¿Quiere esto decir que habrá que formar partido? En ese momento sí, siempre que asegure a los campesinos una intervención suficiente en la dirección de la lucha. Siempre que no dé nacimiento a direcciones ficticias que se convierten en obstáculos para la expresión libre de las masas; siempre que favorezca la promoción de nuevos cuadros revolucionarios nacidos del pueblo mismo. Recién entonces la guerrilla podrá ir sentando las bases del partido, a través de la acción revolucionaria contra el enemigo.

¿POR QUE 1965?

¿Fue 1965 el año oportuno para iniciar un proceso insurreccional en nuestro país? Muchos críticos de la guerrilla han hecho esta pregunta para responder enseguida que no.

Hay que reconocer que, para las grandes masas del país, el gobierno de Belaúnde todavía aparecía como reformador, creando ilusiones y esperanza. El pueblo no había asimilado aún la experiencia de las masacres, salvo en las zonas directamente afectadas, y la corrupción administrativa e inmoralidad de los funcionarios no había descubierto toda su desnudez ante los ojos de la población urbana. Así, cuando las guerrillas irrumpieron en el marco nacional conmoviendo a la reacción, el pueblo no alcanzó a comprender exactamente su significado y justificación.

Generalmente hemos dicho que no podemos esperar a que se produzcan las condiciones subjetivas para iniciar la revolución. Eso es cierto, pero fallamos en cuanto no esperamos a que las guerrillas tuvieran justificación para nacer, la que necesitábamos

para dar al pueblo las primeras explicaciones objetivas sobre nuestra actitud. Por más que todo el pueblo no esté ni pueda estar en un futuro cercano en condiciones de comprender la necesidad de revolucionar profundamente el sistema y cambiarlo por otro, las razones de la iniciación del alzamiento deben ser fácilmente comprensibles.

Las razones de nuestra actitud tenían raíces ideológicas en la subestimación de las ciudades: considerábamos que si la guerrilla brota en medio de la población campesina, no interesa buscarle una justificación con respecto a la política burguesa que es totalmente extraña, lejana e ignorada por el campesinado.

Eso es plenamente cierto en lo que se refiere al campesinado; pero no en lo referente a la totalidad del país. En todo caso, nos cerrábamos el camino para una agitación revolucionaria exitosa en las masas urbanas. La decepción de los obreros y las capas pobres y medias de las ciudades respecto de la política burguesa empezaba a crecer, pero no era aún suficiente para impulsarla al apoyo activo de una acción armada contra el sistema. En tales condiciones, la actitud de la población urbana frente a las guerrillas no pasaba de una vaga simpatía en unos, entusiasmo en sectores reducidos principalmente estudiantiles, e indiferencia en los más.

Había también una razón subjetiva, poderosa y determinante para la iniciación temprana de las acciones: las nuestras eran organizaciones lanzadas a la acción, en ella tenían su única razón de ser.

Por eso tuvieron que optar muy pronto entre la acción inmediata o un gradual y largo crecimiento como partido con incierto futuro revolucionario.

En el ELN esta característica aparecía con mayor claridad. Toda organización insurreccional tiene sus propias leyes de crecimiento y funcionamiento. Cuando no las cumple, se desintegra. Si nuestras organizaciones, particularmente el ELN, no se hubieran alzado en un plazo corto, habrían entrado en un mortal proceso de desintegración. En acción estrechaban su espíritu de cuerpo y se fortalecían; en una pasividad prolongada, entregadas a un interminable trabajo preparatorio, corrían el riesgo de desaparecer por el desaliento de sus miembros.

Ahora, visto el proceso que siguió al triunfo electoral de Belaúnde determinando su caída por obra de los mismos a quienes había servido obsecuentemente, podemos decir que en los años siguientes se presentaron muchas oportunidades para que una acción insurreccional encontrara plena justificación a los ojos del pueblo.

Sin embargo, en 1965 fuimos a la insurrección guiados únicamente por nuestro grado de preparación.

Además el recelo entre ambas organizaciones hizo que ignoraran mutuamente sus planes. Objetivamente, cuando el MIR anunció la iniciación de las guerrillas a comienzos de 1965, el ELN no estaba en condiciones

de hacerlo, pero tuvo que adelantar la fecha de la partida ante el temor de que una represión generalizada cogiera a sus militantes.

Es posible que un fenómeno similar, esta vez por falta de coordinación, se haya producido en los frentes del MIR. Y que, por ejemplo la emboscada de Yahuarina, que señaló el primer disparo el 9 de junio de 1965, cogiera de sorpresa a Luis de la Puente en el Cuzco, quien no había terminado sus aprestos y aun más, a la guerrilla del norte, que recién estaba comenzando similar trabajo. El resultado fue que el ejército se enfrentó a grupos de desigual experiencia, algunos de los cuales no estaban en capacidad plena para combatir.

CONCLUSION

Desde diversos ángulos se nos ha reprochado no portar un planteamiento ideológico coherente y no ofrecer a las masas un programa estructurado.

Es cierto en parte. No hay que olvidar que, partiendo nuestra izquierda insurreccional de partidos políticos establecidos, mucho de lo que ha dicho en cuanto a ideología y programa refleja el paso de antiguas a nuevas concepciones sobre la existencia y comportamiento de las clases sociales, la composición de la oligarquía y su relación con el imperialismo, los objetivos y etapas de la revolución, etc.

Es también cierto que, debido a la insuficiencia y falta de continuidad del trabajo teórico, la izquierda peruana en su conjunto no puede exhibir una interpretación de la realidad peruana basada en estudios serios: siempre ha ido hacia la realidad a partir de sus propios esquemas. En el Perú ya es un lugar común decir que, desde la muerte de Mariátegui, nuestra realidad dejó de ser examinada por los marxistas, con precisión y espíritu científico.

No lo negamos. Parte de ese lastre es el que hemos recibido y el que todavía nos impide ver con entera claridad los cambios sociales, llevándonos muchas veces a un dogmatismo que no pierde ocasión de resucitar.

Pero más que la antelada precisión en el programa de cada etapa y mientras trabaja teórica y prácticamente sobre la realidad, la izquierda marxista debe fijar con absoluta claridad sus objetivos generales y últimos.

¿Cuál es el objetivo final? En nuestros países no puede ser, desde luego, otro que el socialismo. "O revolución socialista o caricatura de revolución", dijo el Che alguna vez.

En efecto, las masas entienden cada día más revolución como sinónimo de socialismo. A nadie más que a nosotros mismos podemos engañar quedándonos en formas de transición que, para el enemigo, son eufemismos que encubren nuestros verdaderos fines.

Ahora bien, ¿qué tipo de socialismo queremos? Aquél que asegure a las masas oprimidas el ejercicio efectivo del poder, intervención en todos los asuntos del gobierno y amplia capacidad de decisión sobre sus propios destinos. La dictadura de clase no puede ejercerse sino con una amplia participación de las mayorías, última y decisiva garantía

de la fortaleza del régimen revolucionario.

En el Perú, sólo un auténtico socialismo podrá asegurar la integración nacional sobre la base de la comunidad de intereses de todo el pueblo. Desde sus comienzos, nuestra Revolución debe buscar formas políticas que le permitan mantener la adhesión de las masas y le impidan burocratizarse.

Sabemos que no será fácil en un país que, como el nuestro, ha vivido siempre bajo las peores formas de dominación, pero confiamos en que el proceso revolucionario, si es conducido por líderes surgidos de lo más profundo del pueblo y conscientes de los problemas del socialismo contemporáneo, podrá arribar hacia un socialismo efectivo y real.

Mientras tanto, reiteramos que la lucha armada de los pueblos —compleja, múltiple, rica y variada— es la única vía que queda para liberar a América latina. Los primeros fracasos sufridos en el Perú no demuestran que es inútil luchar contra el opresor. Simplemente enseñan que hay que corregir concepciones, examinar mejor la realidad, vincularse al pueblo, preparar mejor a los combatientes, eliminar el sectarismo y el divisionismo dentro del campo de la revolución.

Para lograr todo eso, a la vez que de firmeza y fervor en el propósito de continuar el camino iniciado, hay que usar de frialdad y cálculo para superar los errores.

En estas páginas hemos querido hacer, a la vez que un sereno análisis, una invitación a vivir nuevas y fecundas experiencias.

BIBLIOGRAFIA

- ALENCASTRE MONTUFAR, Gustavo. Informes sobre la situación económica social en Lauramarca. Copias mecanografiadas. Lima, 1957.
- BLANCO, Hugo. El camino de nuestra revolución. Ediciones Revolución Peruana. Lima, 1964.
- DOURRICAUD, François. Poder y sociedad en el Perú contemporáneo. Editorial SUR. Buenos Aires, 1967.
- CASTRO POZO, Hildebrando. Nuestra comunidad indígena. Lima, 1938.
- CIDA (Comité Interamericano de Desarrollo Agrícola). Tenencia de la tierra y desarrollo socioeconómico del sector agrícola: Perú. Unión Panamericana. Washington, 1966.
- COTLER, Julio. La mecánica de la dominación interna y del cambio social en el Perú. Separata de "América Latina", publicación del Centro Latinoamericano de Investigaciones en Ciencias Sociales. Río de Janeiro, 1968.
- CRAIG, Wesley W. El movimiento campesino en La Convención, Perú. La dinámica de una organización campesina. Instituto de Estudios Peruanos. Lima, 1968.
- DEBRAY, Régis. ¿Revolución en la Revolución? Fondo de Cultura Popular. Lima, 1968.
- Dirección Nacional de Estadística y Censos. IV Censo Nacional de Población. Lima, 1961.
- Dirección Nacional de Estadística y Censos. Primer Censo Nacional Económico. Lima, 1963.
- Dirección Nacional de Estadística y Censos. Primer Censo Nacional Agropecuario. Lima, 1963.
- HUBERMAN, Leo y SWEEZY, Paul. Debray: su fuerza y su debilidad. Monthly Review, Selecciones en Castellano, Santiago de Chile, septiembre 1968.
- MATOS MAR, José y otros. Proyecto de estudio de: "Los movimientos campesinos en el Perú desde fines del siglo XVIII hasta nuestros días". Instituto de Estudios Peruanos. Lima, 1967.
- MATOS MAR, José y otros. Perú problema. Francisco Moncola Editores. Lima, 1968.
- MALPICA, Carlos. Guerra a muerte al latifundio. Ediciones Voz Rebelde. Lima, 1964.
- MERCADO, Rogger. Las guerrillas en el Perú. Fondo de Cultura Popular. Lima, 1967.
- PERRIN, Michel. La tragedie du Haut-Amazone. Robert Noel. Paris, 1956.
- VILCHEZ AMESQUITA, Antonio. Ensayo monográfico de la provincia de La Mar. Empresa editorial Rimac. Lima, 1961.

El MIR analiza la situación política en el Perú

★ El Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) del Perú hizo llegar a PF una declaración política que emitió su Comité Central el 26 de julio recién pasado. Publicamos sus aspectos más sobresalientes, en los cuales el MIR analiza la situación creada a raíz de las medidas que ha ido adoptando el gobierno militar que preside el general Juan Velasco Alvarado.

RECONOCEMOS como elemento generador de las nuevas condiciones en que se desarrollan las contradicciones sociales del país, al inagotable esfuerzo que las masas populares en forma espontánea u organizada por la izquierda revolucionaria han desplegado contra el imperialismo y las clases dominantes. Los enemigos de nuestro pueblo, es decir el imperialismo y las clases dominantes, no permitirán perder pacíficamente la propiedad total de sus medios de producción. La revolución peruana se logrará a través de una lucha prolongada y la formación político-militar es una necesidad para nuestras clases explotadas, como principal garantía para transitar al socialismo.

El país ha entrado en una fase de expansión y modernización del capitalismo que se caracteriza inicialmente por una mayor participación del Estado en la economía y por una redistribución de la propiedad en el campo bajo nuevas formas capitalistas.

Con la ley de Reforma Agraria, la Junta Militar muestra su carácter reformista al modernizar la arcaica estructura agraria que evidentemente era una traba para la expansión del capitalismo en nuestro país. La Junta Militar pretende realizar un "desarrollo autónomo", sin romper hasta el momento todas las ataduras de la dependencia, lo que le da un carácter contradictorio a nivel internacional, pese a algunas medidas antimperialistas parciales tomadas.

En la presente coyuntura política, constatamos un retroceso táctico de parte del imperialismo norteamericano, con miras a consolidar estratégicamente su dominación.

Las medidas tácticas son las siguientes:

- a) Levantan suspensión de venta de armas al Perú.
- b) Plantean suspensión de la propuesta del senador "Pelly" de no comprar harina de pescado al Perú.
- c) Rockefeller habla de la necesidad de cambiar de política respecto al Perú.
- d) Anuncian el retorno de Mr. Irwin, enviado especial de Nixon, en el mes de septiembre, para "arreglar el problema con el Perú" y
- e) La postergación de los plazos rígidos para la aplicación oficial de la Enmienda Hickenlooper.

SIGNIFICADO DE LA LEY DE REFORMA AGRARIA

La ley 17.716, una de las más importantes de las medidas que ha tomado la Junta y la que caracteriza el proceso reformista iniciado con el golpe militar del 3 de octubre, implementa legalmente la liquidación de los latifundios, la eliminación de la servidumbre y de las relaciones precapitalistas de producción en el campo, la cooperativización mediata de las grandes haciendas del norte y en general la promoción de la pequeña y mediana propiedad agrarias. Sus limitaciones más saltantes son el excesivo límite de inafectabilidad (en algunas regiones) y la no entrega gratuita de las tierras a los campesinos, el escaso papel que se le asigna a la movilización y participación de las masas campesinas en el proceso de transformación del agro. Resulta evidente el afán de la Junta de conducir la reforma agraria dentro de un orden jurídico vertical. Pese a esto, en comparación con otras leyes de reforma agraria, la ley 17.716 es más radical y avanzada en su texto aunque falta conocer la correspondiente reglamentación en algunos importantes aspectos y las dificultades y problemas que acarrea su aplicación.

Al ampliarse el mercado interno con la elevación del nivel de vida de diversos sectores del campesinado y su mayor vinculación con la dinámica capitalista, la Junta busca promover el desarrollo industrial. La conversión de los bonos de la deuda agraria en acciones industriales de futuras empresas constituidas con fondos estatales, revela claramente la intención de las reformas.

Frente a la Reforma Agraria emprendida por la Junta, que afecta en sus bases tradicionales de poder a los grupos más retardatarios del país, se ha formado un poderoso bloque que procura impedir los cambios. El APRA, los latifundistas, los exportadores agrarios, los restos del "carlismo", se preparan para dar la batalla contra el reformismo en nombre de "La Constitución y de las elecciones". En la historia peruana estos sectores siempre han derrotado los intentos de liquidar al latifundio.

El MIR, organización combatiente por los intereses sustanciales de los trabajadores del campo y de la ciudad, con una línea de lucha consecuente, con las armas en la mano, por la revolución agraria, considera que la ley 17.716 es un paso positivo para la liquidación del latifundio y servidumbre en nuestro país. No comprender el signo positivo de algunos aspectos de la ley de reforma agraria última, sería coincidir de hecho con los más retrógrados intereses que se preparan ya a dar la más tenaz batalla para impedir su aplicación.

en perjuicio de los intereses de los campesinos.

Como la Ley de Reforma Agraria se da en una sociedad capitalista, su aplicación generará nuevas contradicciones y hará desaparecer otras; agudizará algunas y atenuará otras. Todo este proceso es propio de la sociedad capitalista.

Podemos afirmar que dentro del capitalismo es imposible una igualdad en el campo.

En el proceso de aplicación de la Reforma Agraria se presentarán objetivamente las nuevas contradicciones por el desarrollo desigual de las fuerzas productivas en su participación en el sistema capitalista.

EL AUTORITARISMO DE LA JUNTA

La Junta pretende situarse por encima de las clases sociales en la conducción del proceso histórico apoyándose en su poder militar. Sin embargo, en el transcurso de su gobierno, ha tomado medidas represivas contra el pueblo.

Respecto al campesinado, hemos verificado su carácter represivo en Cajamarca y Huanta causando víctimas al pueblo. Actualmente muchos campesinos continúan presos; en Huanta sigue la represión contra los revolucionarios de izquierda.

Este autoritarismo también se advierte en el texto de la Ley de Reforma Agraria, al limitar las movilizaciones campesinas amenazando con aplicar sanciones si ocupan o recuperan tierras sin haber pasado por los trámites burocráticos.

Respecto a los estudiantes universitarios observamos que la nueva ley de Universidades trata de controlar y limitar la movilización estudiantil, favoreciendo directa o indirectamente al imperialismo norteamericano en el financiamiento y en las formas de planificación de la educación superior.

Estas formas de represión contra el pueblo no son equivalentes a las medidas tomadas contra los explotadores del pueblo a muchos de quienes el gobierno les facilitó la huida del país sin rendir cuenta sobre sus delitos.

La correlación de fuerzas de las clases existentes en nuestro país condicionadas por las contradicciones internacionales e internas, irá delineando la dirección del proceso histórico actual.

No pueden dejar de existir contradicciones internas dentro de las Fuerzas Armadas, ya que éstas se encuentran inmersas dentro de un sistema con profundas contradicciones de clases.

Como Institución, las Fuerzas Armadas, en su conjunto, no podrán transitar hacia el socialismo. Avanzando hacia el socialismo dialécticamente se niegan a sí mismas. Destruyendo los soportes de la sociedad capitalista, se liquidan las bases mismas de las Fuerzas Armadas. Además el tránsito al socialismo supone como condición básica la conducción del proceso histórico por las clases explotadas, lo que significa negar las fuerzas armadas tradicionales durante el proceso. Si analizamos el carácter anticomunista impreso en las FF. AA. como institución durante decenas de años, vemos profundas limitaciones en lo que se refiere a una trans-

formación ideológica radical de la Institución.

Esto no niega que en el seno del gobierno militar se manifiesten distintas concepciones reformistas y que inclusive entren —algunas de ellas— en conflictos temporales con intereses extranjeros.

Es dentro del capitalismo en que se ubican las alternativas del gobierno de las Fuerzas Armadas.

CONDICIONES PARA EL TRANSITO AL SOCIALISMO

Muchos ven el tránsito al socialismo de una manera mecanicista. Pero es necesario recordar que hay dos condiciones esenciales para el tránsito al socialismo:

a) Que las clases explotadas, es decir, las fuerzas motrices principales de la revolución, conduzcan el proceso histórico en forma activa.

b) Que las clases explotadas puedan defenderse y ejercer la violencia revolucionaria contra las fuerzas imperialistas y sus aliados internos que se opongan a las transformaciones profundas de la sociedad. Las clases desplazadas del poder económico no permitirán pacíficamente su desaparición.

La Junta Militar, al limitar la participación de las masas en el proceso, dialécticamente limita las posibilidades de transformaciones profundas del país.

LINEAMIENTOS ESTRATEGICOS

1º—La violencia revolucionaria, es decir, el poder armado en manos del pueblo, sigue siendo una necesidad implícita de nuestro proceso revolucionario, para transitar al socialismo. El imperialismo y sus aliados, así como sus instrumentos de dominación a su servicio no pueden ser derrotados sin una lucha violenta en la que el pueblo tiene que tener sus propias armas. Es falsa cualquier esperanza de transformación total del país en pacífica convivencia con los enemigos jurados del pueblo. Mantiene su máxima vigencia, por consiguiente, la consigna del MIR de fortalecimiento político-militar como tarea estratégica principal.

2º—La independencia de clase de las organizaciones revolucionarias y del pueblo es una garantía esencial para el tránsito al socialismo. Son las clases explotadas las que pueden conducir el proceso histórico peruano hacia el socialismo.

LINEAMIENTOS TACTICOS

Tomando en cuenta las particularidades de la situación actual, tenemos que elaborar lineamientos tácticos correctos, que nos permitan acumular fuerzas para el cumplimiento de los objetivos estratégicos. En la coyuntura actual, tenemos que ser conscientes de que al defender los intereses del pueblo, no debemos caer en las maniobras y artimañas del imperialismo (CIA), y todos sus aliados internos.

PROGRAMA MINIMO

1.—Luchar por la ruptura total de la dependencia con el imperialismo norteamer-

cano, empezando con la nacionalización de todas sus empresas mineras.

2.—Luchar contra los hacendados que se opongan a la entrega inmediata de la tierra a los campesinos y luchar contra las nuevas formas de dominación en el campo. Es decir transformar la reforma agraria en revolución agraria.

3.—Hacer participar mediante la directa acción de las masas a las clases obreras y campesinas, en la conducción de la lucha antimperialista y antioligárquica y contra las nuevas formas de explotación, conservando absoluta independencia de otras fuerzas sociales.

4.—Luchar por el restablecimiento de relaciones con Cuba y el resto de países socialistas y coordinar trabajos concretos con organizaciones revolucionarias de América latina, que buscan la liberación de nuestros pueblos y se orientan hacia el socialismo.

TAREAS INMEDIATAS FRENTE A LA CUESTION AGRARIA

1.—La primera medida a realizar en el campo es la de luchar por los intereses inmediatos de los campesinos, contra los grandes terratenientes reaccionarios en el proceso de redistribución de la propiedad de la tierra. Este es un proceso que durará meses y aun años. La lucha contra los hacendados continuará todavía y ellos no estarán dispuestos a dejar tranquilamente la propiedad de sus medios de producción.

2.—Entrega de la tierra al campesinado en forma inmediata y sin pago alguno.

3.—Fortalecer la organización de los campesinos a nivel nacional y regional para que puedan defender sus intereses en su conjunto y denunciar todo intento de suprimir las organizaciones campesinas.

4.—Para mayor facilidad de realización de las tareas estratégicas, es tarea táctica neu-

tralizar las influencias burguesas, pequeño-burguesas, conciliadoras y oportunistas que abundan en estos procesos.

Debemos combatir a los dirigentes del APRA y de partidos burgueses en general, que se han enquistado en la dirección de algunos sectores campesinos y realizan maniobras proimperialistas en estos momentos.

5.—Desarrollar entre el campesinado pobre y las capas campesinas menos favorecidas y que padezcan las consecuencias de las nuevas contradicciones, una alianza mutua de defensa con el proletariado urbano y minero, ya que esta vinculación es básica y sustancial para superar estratégicamente los problemas comunes y liberar definitivamente a todas las clases explotadas.

6.—Organizar e impulsar las movilizaciones estudiantiles hacia el campo, para que junto a los campesinos, luchen contra las fuerzas terratenientes, a través de sus organismos más representativos (Federaciones, Centros, etc.). Sin que esto signifique que los estudiantes descuiden la lucha por la derogatoria de la antiuniversitaria ley 17.437.

7.—Luchar por la libertad de los dirigentes campesinos y líderes revolucionarios como Elio Portocarrero, Ricardo Gadea, Héctor Béjar, Hugo Blanco y tantos otros líderes anónimos.

Para concluir, el MIR demanda a la izquierda revolucionaria peruana, a los trabajadores, a los campesinos, a los estudiantes de centros superiores y de secundaria, al clero comprometido en la lucha por la liberación nacional, a los soldados, a todo nuestro pueblo, a la inmediata coordinación de esfuerzos para estructurar una poderosa fuerza popular que contribuya activamente a romper las amarras de la dependencia imperialista y marque el punto de partida de un auténtico proceso liberador que remate en el socialismo.

COMITE CENTRAL DEL MIR

